

¿CIEGO, YO?

Mi madre era una mujer sabia. Al leer el evangelio de este domingo, me vino a la mente un dicho que ella nos repetía: «**No hay peor ciego que el que no quiere ver**». Para mí, este proverbio resume bien lo que ocurre en el evangelio de este domingo. Nos ayuda a descubrir quién es realmente ciego.



El evangelio de hoy cuenta cómo Jesús cura a un ciego de nacimiento tomando su saliva y un poco de tierra para hacer barro, que aplica sobre los ojos del ciego. Luego le pide que vaya a lavarse al estanque. El ciego, sin dudarlo, hace lo que Jesús le pide y queda curado.

Pero su curación suscita toda una polémica entre los fariseos. A diferencia del ciego de nacimiento, ellos se niegan a abrir su corazón a Jesús. Se sumergen en un interrogatorio acusatorio hacia Jesús, que lo ha curado en sábado. Incluso interrogan a los padres del ciego para descubrir quién es el culpable de su ceguera, porque hay que encontrar un culpable cuando hay una discapacidad...

A lo largo del evangelio, vemos cómo los fariseos se creen mejores, porque se proclaman los verdaderos observadores de la Ley. Se jactan de tener todo el conocimiento y la verdad para interpretar la Ley. Todas las personas que les rodean son juzgadas a través de sus lentes sectarias y consideradas impuras y pecadoras.

A diferencia del ciego de nacimiento, que se deja «tocar» por Jesús, abre los ojos de su corazón y, con alegría, se convierte en su discípulo, ellos se encierran en su ceguera racional y endurecen su corazón.

Y yo, ¿qué creencias, qué percepciones, qué prejuicios me ciegan? Al igual que los fariseos, ¿con qué lentes miro a las personas que son diferentes a mí: personas de diferentes culturas, diferentes creencias, diferentes géneros, diferentes niveles profesionales y económicos, etc.?

Vuelvo al dicho de mi madre, enriquecido con una acertada adición de C. S. Lewis: «No hay peor ciego que el que no quiere ver, **sobre todo cuando lo que hay que ver solo se puede ver con los ojos del corazón**».

¿No es esta la invitación que nos hace Jesús en esta etapa de nuestra peregrinación hacia nuestra Pascua? Reconocer que somos pecadores, que yo también necesito ser sanada.



Sí, Señor, soy ese ciego en camino, ven y sáname. Ayúdame a reconocer esas zonas veladas que nublan la mirada que dirijo hacia mí misma, hacia los demás y hacia el mundo. Sí, ven a ajustar mi vista; dame tus lentes teñidas por tu amor y tu compasión. Dame a ver con los ojos del corazón. Solo entonces veré plenamente, como tú, la verdadera luz que libera y da vida.

***Hna. Louise Madore, Hdls
Provincia de Canadá***